

**CARTA
A LOS JÓVENES**

¡CRISTO VIVE!

Mons. Celestino Aós
Arzobispo de la Arquidiócesis de Santiago





¡CRISTO VIVE!

Queridos y queridas jóvenes:

¡Paz y bien!

En Pentecostés, les escribo esta carta para invitarlos a renovar su fe como Pueblo de Dios que peregrina en Santiago, y ofrecerles algunas reflexiones sobre nuestro caminar juntos.

En estos años hemos experimentado sucesivos momentos de crisis. La crisis eclesial, la crisis social y la pandemia nos han llevado a vivir en una realidad marcada por la contingencia y por nuevos desafíos que nos comprometen a todos, sin excepción. En este proceso de luces y sombras, con las crisis aún en desarrollo, muchos jóvenes han elevado una palabra profética, un testimonio necesario y una permanente insistencia en mostrar con su vida el Evangelio que los conquistó y los mueve. Todos ellos son un testimonio de que “Cristo Vive, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo” (ChV 1); una y otra vez, hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5) y permite que la vida de la Iglesia y, especialmente, la de los jóvenes, sea permanentemente recreada en el amor y en los grandes ideales que movilizan su existencia.

Transcurrido más de un año de iniciar mi servicio como arzobispo de Santiago, tiempo que me ha permitido conocer las riquezas y los desafíos que se le presentan a esta Iglesia particular, tomando en consideración los ricos aportes del X Sínodo de Santiago, de la Exhortación apostólica *Christus Vivit*, así como los retos culturales que hoy nos apremian y lo que Dios va suscitando en mi corazón, les escribo esta carta ofreciéndoles algunas pistas para que sigamos ‘caminando juntos’ en una senda de evangelización que nos ayude a mover nuestros corazones, nuestra mente y nuestras manos, para servir al país y a la Iglesia.





Queridos y queridas jóvenes: seamos santos!¹

Como enseña San Pablo, el mismo Señor nos eligió “para que fuéramos santos e irreprochables ante él por el amor” (Ef. 1, 4), siendo la santidad el don más precioso que podemos ofrecer a la sociedad, a la Iglesia y a otros jóvenes. Con el testimonio ardiente de jóvenes santos, la Iglesia puede renovar su ardor espiritual y su vigor apostólico.

Hoy, como ayer, son muchos los jóvenes que nos entusiasman con su testimonio luminoso, mostrándonos que la santidad es posible. Tenemos el nítido ejemplo de Carlo Acutis, María Goretti, Domingo Sabio, Pier Giorgio Frassati, José Sánchez de Río, Laura Vicuña y Ceferino Numuncurá; de los consagrados Francisco de Asís, Teresita del Niño Jesús, Luis Gonzaga y la misma Teresa de los Andes y San Alberto Hurtado, entre tantos otros, quienes adornan la vida de la Iglesia con sus jóvenes vidas ejemplares.

Porque “la santidad es el rostro más bello de la Iglesia” (GE 9), con renovada convicción

hacemos resonar entre nosotros el precioso llamado a la plenitud de la vida cristiana, con la certeza de que el bálsamo de la santidad generada por la vida luminosa de tantos jóvenes puede curar las heridas de la Iglesia y del mundo, “devolviéndonos a aquella plenitud del amor al que desde siempre hemos sido llamados: los jóvenes santos nos animan a volver a nuestro amor primero (cf. Ap 2,4)” (ChV 50).

¹ El X Sínodo propuso lúcidamente “abordar la santidad como eje central de la vida cristiana, en los diversos espacios pastorales y comunitarios” (X Sínodo de Santiago, 15. Será citado como X Sínodo con el número correspondiente). También se animó a “dar a conocer a los integrantes de la comunidad (niños, adolescentes y jóvenes), la vida de diferentes santos para acercar la santidad a nuestra vida cotidiana” (X Sínodo, 41).



El encuentro con Jesús transforma nuestra vida

¿Cómo podemos vivir esta santidad cotidiana? En primer lugar, a través del encuentro y el re-encuentro con Jesús y su seguimiento, que pueden colmar en plenitud nuestras vidas. El mismo Señor sale a buscarnos en los diversos caminos que estemos recorriendo, y nos invita a permanecer con Él, como hizo con los discípulos de la primera hora. Son tantos los jóvenes que manifiestan este anhelo, y ustedes mismos se ofrecen como jóvenes evangelizadores de otros jóvenes para ser mediadores de esta gracia².

Como “la cierva que busca corrientes de agua” (Sal. 42, 1), así los jóvenes quieren acercarse al Señor, encontrarse con Él, conocerlo y hacerlo parte de su vida. La ‘sed’ de Dios puede ser colmada en muchas fuentes, sabiendo que son lugares privilegiados la Palabra de Dios, la Eucaristía, la Penitencia, los otros sacramentos, la **caridad**, la oración y la piedad popular. También son espacios privilegiados los

momentos de oración personal y los ejercicios espirituales, que nos insertan en el silencio virtuoso que permite escuchar a Dios. Estos y los otros lugares de encuentro con Cristo son verdaderos ‘cántaros’ del agua viva donde se puede saciar la sed, renovar la fe y crecer en la esperanza.

Caridad: “Es la virtud por la que nosotros, que hemos sido amados primero por Dios, nos podemos entregar a Dios para unirnos a él y podemos aceptar a los demás, por amor a Dios, tan incondicional y cordialmente como nos aceptamos a nosotros mismos” (Youcat, 309).

² Como indicó el X Sínodo “Una opción fundamental como Iglesia de fomentar el encuentro con Cristo como una espiritualidad integrada a toda la vida del joven. Para ello se propone generar instancias abiertas de encuentro con Cristo a nivel arquidiocesano, zonal, decanal, parroquial, comunidad y movimientos, teniendo en cuenta la pedagogía del encuentro, por medio de diferentes instancias (oración, música, retiros ignacianos, jornadas de oración, belleza de la naturaleza, apertura de la Iglesia en general y voluntariado)” (X Sínodo, 3).

3 Sugerentemente, se nos señaló la necesidad de “Suscitar el encuentro personal y comunitario con el Señor a través de su Palabra” y que de este modo permee la vida. Que toda experiencia pastoral con jóvenes conduzca al encuentro con Dios a través de la Palabra” (X Sínodo, 2). Al mismo tiempo, se nos presenta el desafío de “Transmitir la Palabra de Dios a través de los nuevos lenguajes juveniles (arte, muralismo, música, teatro, danza, deportes, redes sociales, tecnologías y otros)” (X Sínodo, 1).

4 El X Sínodo insistió reiteradamente sobre este camino, como cuando se señaló sobre la necesidad de “crear un equipo para promover la vida interior con los jóvenes y quienes trabajan con ellos” (X Sínodo, 16); o en la “formación de acompañantes espirituales” (X Sínodo, 43; cf. 7). También se alentó a “crear, promover y fomentar cultura del acompañamiento vocacional personal y comunitario, instaurando una pastoral de acompañamiento, con al menos 2 agentes pastorales que acompañen espiritualmente a los jóvenes (parroquias, colegios, comunidades eclesiales, etc.)” (X Sínodo, 47). En esta misma línea se propuso “crear instancias de formación en el acompañamiento espiritual con un enfoque pastoral” (X Sínodo, 48).

5 La misma necesidad de acompañar exige “capacitar a los agentes pastorales y consagrados, y a quienes se estime pertinente, para que puedan ayudar al discernimiento de todos los jóvenes, por medio de una formación interdisciplinar y experiencial” (X Sínodo, 45).

6 En esto debemos continuar caminando por la senda trazada de acrecentar la formación litúrgica de los jóvenes en atención a que aporten a la renovación y vitalización de las celebraciones (cf. X Sínodo, 6)

Un modo privilegiado para favorecer el encuentro con Cristo es la lectura orante de la Palabra de Dios. Como nos ha señalado el X Sínodo tenemos el desafío de “suscitar el encuentro personal y comunitario con el Señor a través de su Palabra” (X Sínodo, 3), para que ella permee nuestra existencia, nos ayude a vigorizar la fe y suscite en nosotros un creciente dinamismo misionero³.

Para caminar juntos en este proceso, los agentes pastorales tenemos una hermosa misión que hemos de seguir fortaleciendo a

través del ‘arte del acompañamiento’, para nutrir la apasionante aventura de vigorizar la vida interior de los jóvenes⁴. Son tantas las instancias que podemos ofrecer para que más jóvenes cultiven en su corazón una sólida amistad con el Señor⁵. Los espacios de formación, en diversos niveles, pueden colaborar también, eficazmente en este proceso⁶.



Cristo en el centro

“Por más que vivas y experimentes no llegarás al fondo de la juventud, no conocerás la verdadera plenitud de ser joven, si no encuentras cada día al gran amigo, si no vives en amistad con Jesús” (ChV 150). En esta lógica podemos entender que “toda formación cristiana está al servicio de la profundización del **kerigma** (cf. ChV 214). Para acoger las propuestas del X Sínodo de Santiago, es pertinente que realicemos una paulatina renovación de los itinerarios formativos juveniles⁷ para insertarlos en la lógica del kerigma, de manera que sean caminos para la maduración de la vida cristiana⁸. Es necesario configurar una Pastoral Juvenil integral y kerygmática, que –sustentada en una sólida formación cristiana, se adapte a las distintas realidades, no solo por edad, sino también por la fe, incluyendo la etapa inicial de las propias búsquedas de los jóvenes⁹.

Kerigma: (del griego, anuncio o proclamación) es la proclama del núcleo de la fe: Jesucristo, que con su muerte y resurrección, nos ofrece la salvación. Es a la vez, el acto de anunciar y el anuncio mismo (DC, 58). Un ejemplo de fórmula kerygmática es: El Hijo de Dios... me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal 2,20).

- 7 Hemos asumido el desafío de “renovar las instancias formativas para que todos juntos descubramos las respuestas a distintas problemáticas” (X Sínodo, 28). En este sentido, la propuesta que estamos implementando en la Arquidiócesis hace que los protagonistas sean las mismas comunidades que, teniendo como base la propuesta metodológica, son desafiadas a adaptarla a la propia realidad.
- 8 Estamos avanzando en la implementación de una “propuesta de pastoral juvenil integral, que se adapte a las distintas realidades de los jóvenes no solo por edad sino por la fe, que incluya la etapa inicial de búsqueda de jóvenes. Cómo salir para que se incorporen a este itinerario de fe. Etapas amplias con objetivos claros que permitan flexibilizar” (X Sínodo, 23). Además, se asumió la propuesta de ofrecer “una formación integral que sea existencialmente relevante centrada en el encuentro personal con Cristo y con la adecuada profundidad teológica centrada en el acompañamiento (X Sínodo, 26). Este nuevo camino acoge la petición de “elaborar una nueva catequesis sacramental eucarística para jóvenes” (X Sínodo, 5).
- 9 La nueva propuesta formativa que está implementándose busca ser “una guía para que las comunidades puedan construir sus propios itinerarios salvaguardando la experiencia de la fe como núcleo de la vida cristiana” (X Sínodo, 19).

10 En este sentido el itinerario que estamos implementando busca dialogar con la diversidad de la Iglesia, proporcionando un cambio en el Plan Pastoral de la Vicaría de la Esperanza Joven, ofreciendo lineamientos generales, para que después la parroquia pueda moldearlo según su vivencia pastoral (cf. X Sínodo, 30 b).

11 En un paso ulterior queremos avanzar en “articular una estructura arquidiocesana simplificada y flexible a los distintos carismas y experiencias de fe, considerando la presencia juvenil, para la formación de agentes pastorales” (X Sínodo, 25).

12 El nuevo itinerario que se está implementando en la Arquidiócesis tiene un lenguaje más inclusivo, integrando los medios digitales y más inserto en la realidad de los jóvenes (cf. X Sínodo, 36); también se ha revisado y actualizado “la metodología de modo que dé respuestas a las personas para que no sea tan uniforme ni igual para todos y que parta de la vida y experiencia” (X Sínodo, 20).

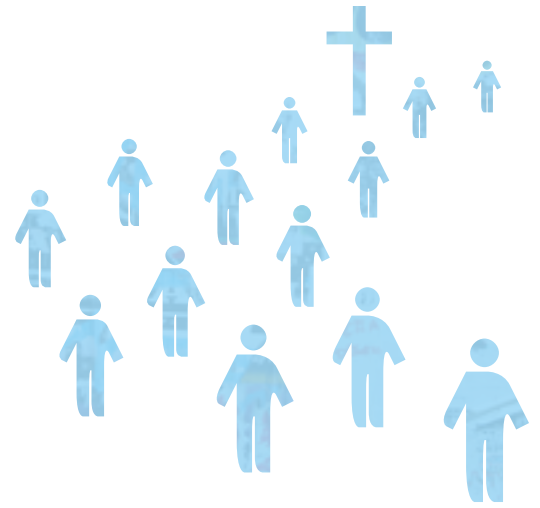
Para todo ello es indispensable que todos nosotros tengamos una experiencia fuerte y constante de la vida de fe, de la comunidad y del servicio a los más necesitados, donde Cristo sea efectivamente el centro de nuestra vida, permeando todas las dimensiones de nuestra existencia. Solo así podemos discernir, a la luz del Espíritu, los signos de nuestros tiempos, para servir siempre más y mejor a los pobres, a los excluidos, a los descartados de la sociedad; solo así podremos ofrecer propuestas formativas a la realidad propia de cada comunidad¹⁰.

En ese sentido misionero es que debemos poner a disposición nuestras propias estructuras, para que ellas sean verdaderamente un camino expedito para

el servicio. El Espíritu es quien nos mueve para ello, para que podamos llevar adelante estos dinamismos, no solo con un valioso entusiasmo, sino que también con una sólida formación catequética y una vida cristiana madura¹¹.

En este apasionante camino se requiere que quienes lideramos diversos procesos, cultivemos una experiencia de fe robusta y estemos crecientemente convencidos de que para nosotros la vida es Cristo (cf. Flp 1, 21). Esta conciencia y consistencia cristiana no solo nos permitirá liderar procesos, sino también discernir, a la luz del Espíritu, como adaptar los itinerarios y propuestas formativas a la realidad propia de cada comunidad¹².





En una Iglesia de todos y con todos

Como nos ha recordado el Papa Francisco “la comunidad tiene un rol muy importante en el acompañamiento de los jóvenes, y es la comunidad entera, la que debe sentirse responsable de acogerlos, motivarlos, alentarlos y estimularlos. Esto implica que se mire a los jóvenes con comprensión, valoración y afecto, y no que se los juzgue permanentemente o se les exija una perfección que no responde a su edad” (ChV 243).

Son precisamente los jóvenes quienes pueden ayudarnos en la Iglesia a mantenernos jóvenes. Esto mismo nos invita a generar comunidades acogedoras, que sean rostros de una Iglesia más humana, coherente y real, propiciando así espacios de contención y de maduración. Sabemos que, muchos jóvenes, por su realidad, por su historia, por sus dolores, no encuentran espacios de pertenencia ni de acogida; algunos viven la discriminación o no logran sanar las heridas que la vida les va dejando

tan tempranamente¹³.

Un signo de nuestro tiempo, y que tiene que provocarnos a una actitud de acogida e integración, son los jóvenes migrantes. Recordemos que ellos “nos recuerdan la condición originaria de la fe, o sea la de ser forasteros y peregrinos en la tierra” (ChV 91). Los migrantes han de encontrar en nuestras comunidades un espacio de acogida donde puedan vivir su fe, experimentando el ‘calor’ de la familia de su Iglesia.

La comunidad cristiana, en efecto, ha de distinguirse como el lugar donde nadie se siente juzgado y donde todos se sienten parte, donde rezan en común, comparten los bienes y cultivan los vínculos hondos. Todo ello contribuye a que la comunidad de los discípulos se convierta en una realidad atractiva, que cuenta con la simpatía de todo el pueblo (cf. Hch 2, 47). En esta comunidad que es la Iglesia, seguimos reconociendo el aporte de la mujer en la sociedad y en

¹³ Debemos seguir creciendo en “mostrar una Iglesia más humana, coherente y real, que se reconozca con La humanidad de Cristo” (X Sínodo, 27). Esto implica ser capaces de proponer a los jóvenes comunidades más abiertas y diversas.

14 En este sentido resultó muy relevante la invitación a “potenciar y favorecer la opción por la vivencia cristiana comunitaria en las diversas realidades eclesiales (movimientos, parroquias, etc.). Transitar de grupos a comunidades de vida donde se encuentran con la misericordia” (X Sínodo, 8).

sí misma. Ellas, con una sensibilidad, una intuición y unas capacidades peculiares, revitalizan la belleza de la fe, de la esperanza y de la caridad, de modo que –en todos nuestros ambientes y estructuras– es indispensable seguir cultivando su protagonismo.

Les pido favorecer una comunión eclesial abierta y participativa, de liderazgos compartidos, donde se evite cualquier resabio de una ‘cultura de élite’ o discriminación, que, equivocadamente, piensa que la Iglesia es solo para algunos, o incluso para personas perfectas que responden a ciertas características. No nos olvidemos que nuestras parroquias o movimientos han de ser el hábitat natural de quienes quieren caminar al encuentro del Señor, desde su fragilidad y abiertos a la conversión.

Con este marco general, la formación de pequeñas comunidades constituye un desafío permanente para nuestras pastorales juveniles, siendo estas un espacio natural de acogida, liderazgo y madurez cristiana. Como ha dicho el Papa Francisco “siempre es mejor vivir la fe juntos y expresar nuestro amor en una vida comunitaria, compartiendo con otros jóvenes nuestro afecto, nuestro tiempo, nuestra fe y nuestras inquietudes” (ChV 164). Por ello, le pido a las parroquias y distintas realidades eclesiales que ofrezcan espacios diversos a los jóvenes para vivir la fe en comunidad, porque todo es más fácil cuando caminamos juntos¹⁴. Al mismo tiempo, animo a los jóvenes a ‘convertir’ sus grupos de amigos en comunidades cristianas donde no solo comparten deportes, fiestas, amistades y otros avatares, sino que también comparten el tesoro de la fe y se animan en el camino del discipulado.





Viviendo apasionados por el Reino de Dios

San Pablo, con su espíritu joven, exclama: "¡Ay de mí si no evangelizo!" (1 Cor 9). En efecto, todos nosotros tenemos una misión y somos una misión en esta vida. Sin duda, las experiencias de misión desarrolladas por tantos y tantas jóvenes de la Arquidiócesis son verdaderas escuelas de fe y de pertenencia a la Iglesia, pero hemos de seguir generando y alentando otras nuevas formas de misión en sus territorios, en los lugares más lejanos y en las mismas redes sociales¹⁵. Sin embargo, debemos seguir caminando hacia una Iglesia más en salida y hacia una pastoral juvenil crecientemente misionera (cf. ChV 240).

Lejos de esperar que nuevos jóvenes lleguen a nuestras comunidades, los aliento a salir a su encuentro. Vayan a las plazas, a las escuelas, a los malls y a cada lugar para invitar a muchos más a ser parte de la apasionante aventura de seguir a Jesucristo, de vivir la fe en comunidad y de abrazar una existencia llena de sentido.

También los animo a crear espacios misioneros parroquiales o zonales que alienten, justamente, esta dimensión fundamental de la vida de la Iglesia, de tal forma que quienes son parte de nuestras comunidades juveniles puedan tener una viva experiencia 'en salida'. Les pido 'contagiar' el dinamismo evangelizador para que nuestras parroquias (ojalá todas) desarrollen experiencias misioneras durante el año. Como ha enseñado el Papa Francisco, "las misiones juveniles, que suelen organizarse en las vacaciones, luego de un período de preparación, pueden provocar una renovación de la experiencia de fe e incluso serios planteos vocacionales" (ChV 240).

Unido a lo anterior, como lo sugirió el X Sínodo, es urgente generar redes juveniles misioneras, que refuercen la misión territorial permanente de nuestra Iglesia con una clara opción por los pobres y con una activa participación de los jóvenes en el liderazgo de los proyectos¹⁶.

¹⁵ En el Sínodo se animó a que se crearan "nuevas casas de inserción juvenil misionera y comunitaria, idealmente para estudiantes de la educación superior, a cargo de la Vicaría Zonal y/o Educacional que provea el acompañamiento sistemático y del itinerario formativo, preferentemente en zonas de vulnerabilidad" (X Sínodo, 38). En este sentido hay experiencias interesantes a nivel de pastoral universitaria y de algunos colegios.

¹⁶ Parece valioso recordar la importancia de "crear redes juveniles misioneras, tanto urbanas como externas, que refuercen la misión territorial permanente de nuestra Iglesia chilena con una clara opción preferente por los pobres y con una activa participación de los jóvenes en la toma de decisiones" (X Sínodo, 37).



Encarnando el amor fraterno y el servicio

En el X Sínodo de Santiago se afirmó con insistencia sobre la necesidad de caminar hacia una pastoral juvenil 'desinstalada', crecientemente comprometida con los más pobres, con el bien común, que 'mete los pies en el barro' y que 'toca' la realidad para transformarla. Sin duda, "la caridad de Cristo nos urge" (2 Cor 5, 14) y se encarna en el impresionante testimonio de entrega generosa protagonizado por tantos y tantas jóvenes que edifican la Iglesia. En este sentido hago mías las palabras de Francisco "¡Qué bueno es que los jóvenes sean 'callejeros de la fe', felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!" (ChV 106).

Sabiendo que hay valiosas iniciativas en curso, y que existen jóvenes ejemplares en este ámbito, los aliento a 'contagiar' la urgencia de la caridad, desarrollando o revitalizando proyectos que vayan en esa dirección, como son las queridas colonias urbanas, los equipos de servicio, los trabajos solidarios, los voluntariados, los trabajos de verano o invierno y tantas otras obras de acción solidaria que dan cuenta del compromiso vivo con los más pobres¹⁷.

En este camino, la [Doctrina Social de la Iglesia](#) nos provoca a un compromiso creciente y apasionado con el bien común. En un tiempo de grandes transformaciones, de cambios estructurales y de una profunda crisis social causada por la injusticia lacerante que muchos viven, resulta urgente hacernos corresponsables de la solución y aportar a la sociedad coordinadas que, desde el Evangelio, nutran el discernimiento común y proporcionen criterios de acción coherentes con lo que creemos. Por ello, acogiendo lo planteado por tantos y tantas, estamos empeñados en despertar la inquietud por la cuestión social y formar a jóvenes comprometidos que quieran darle vida concreta a los principios de la enseñanza social de la Iglesia.

¹⁷ Un desafío importante es materializar nuevos proyectos que permitan una pastoral integral, favoreciendo "en cada instancia de acción social un momento de formación y oración para que no se pierda el sentido de la acción como experiencia y vivencia que tenga un carácter integral" (X Sínodo, 39). Al mismo tiempo se señaló como necesario "crear una pastoral social y/o de acogida que sea transversal inserta en nivel comunitario, con un modelo socio-pastoral móvil e innovadora, en salida y abierta a la diversidad" (X Sínodo, 36).

D.S.I.: La Doctrina Social de la Iglesia es el conjunto de manifestaciones de índole social que ha pronunciado el Magisterio desde la encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII (1891). Es la propuesta de la Iglesia que, inspirada en el Evangelio, se siente interpelada por las problemáticas producidas en las sociedades modernas, tales como la pobreza, las condiciones del empleo, la salud, etc. Se busca garantizar una sociedad justa y se denuncian las estructuras sociales, económicas o políticas que contradigan el Evangelio (cf. DoCat, 22-25).



Hacia una pastoral popular juvenil

Además de la valiosa pastoral ordinaria que realizan las parroquias, movimientos, colegios y universidades según determinados caminos, es muy importante abrir espacio a lo que se denomina una 'pastoral popular juvenil', que tiene otro estilo, otros tiempos, otro ritmo, otra metodología... Consiste en una pastoral más amplia y flexible que estimule, en los distintos lugares donde se mueven los jóvenes reales, esos liderazgos naturales y esos carismas que el Espíritu Santo ya ha sembrado entre ellos (cf. ChV 230).

Una 'pastoral popular juvenil' está compuesta, en su textura, por muchos jóvenes que no crecieron en familias o instituciones cristianas y están en un camino de lenta maduración, el cual debemos alentar en vista a alcanzar el bien posible.

Necesitamos una pastoral que ofrezca espacio a todos y a todas, con sus dudas, sus traumas, sus problemas y su búsqueda

de identidad, con sus errores, su historia, sus experiencias del pecado y todas sus dificultades. Por ello, y acogiendo lo señalado en el X Sínodo, les pido forjar pastorales juveniles inclusivas, donde haya lugar para todo tipo de jóvenes y donde se manifieste realmente que somos una Iglesia de puertas abiertas¹⁸.

¹⁸ Recordemos la inquietud manifestada por el X Sínodo de "crear una pastoral social y/o de acogida que sea transversal inserta en nivel comunitario, con un modelo socio-pastoral móvil e innovadora, en salida y abierta a la diversidad" (X Sínodo, 33).





Hacia una pastoral juvenil vocacional

La pastoral juvenil está “marcada por sueños que van tomando cuerpo, por relaciones que adquieren cada vez más consistencia y equilibrio, por intentos y experimentaciones, por elecciones que construyen gradualmente un proyecto de vida. En este período de la vida, los y las jóvenes están llamados a proyectarse hacia adelante sin cortar con sus raíces, a construir autonomía, pero no en solitario” (ChV 137).

El espacio educativo y vocacional primordial es la familia. Ahí es donde se nutre y embellece el primer rasgo específico de nuestra vocación, que es el amor. La familia tiene, por tanto, la primera y más auténtica misión de mostrar a todos qué es el amor y cómo se ha de plasmar en la vida cotidiana, para que ella pueda ser vivida con fecundidad y como un proyecto de vida, porque “el amor siempre da vida” (AL 89).

La pastoral juvenil, naturalmente, es un espacio privilegiado de discernimiento. Por ello, la dimensión vocacional no es algo que se debe plantear solamente en un momento determinado del proceso evangelizador o a un grupo particularmente sensible a una llamada vocacional específica, sino que ha de plantearse constantemente a lo largo de todo el camino pastoral y de educación en la fe de los y las jóvenes.

Por ello, parece urgente avanzar buscando que toda la pastoral juvenil propicie un camino de fe y discernimiento en el cual la pregunta por la voluntad de Dios sea el 'combustible' primero para avanzar en el camino. La pastoral juvenil, con su riqueza y diversidad, con su dinamismo y creatividad, está al servicio de que el joven madure en todas las dimensiones de su vida, una de las cuales es ver con claridad su **vocación**, tener las herramientas para llegar a esa claridad y dar los pasos concretos¹⁹.

Todo ello requiere, como nos lo plantea el X Sínodo, "capacitar a los agentes pastorales y consagrados, y a quienes se estime pertinente, para que puedan ayudar al discernimiento de todos los jóvenes, por medio de una formación interdisciplinar y experiencial" (X Sínodo, 45), generando una nueva 'cultura vocacional', que ayude a toda la Iglesia, pero especialmente a los jóvenes, a redescubrir que la vida cristiana es naturalmente una vocación²⁰.

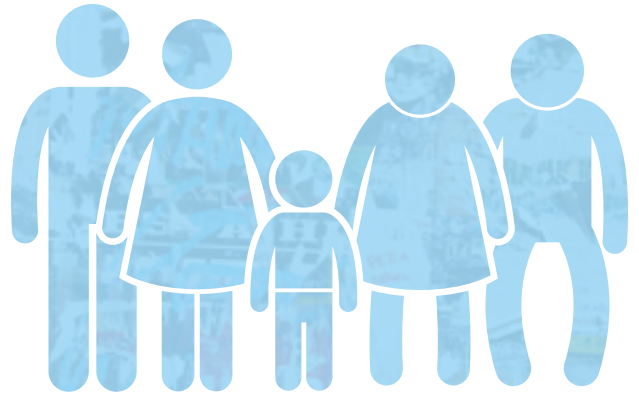
Tengo la firme esperanza que, si hacemos un proceso consistente de pastoral juvenil vocacional, marcado por el espesor de la vida cristiana y por una espiritualidad honda, incluyendo a la familia, no solo tendremos vocaciones matrimoniales florecientes, sino que también serán muchas y muchos los que escucharán la voz del Señor para abrazar una vida consagrada.

Vocación (del latín, llamado): Se trata del llamado de Dios a sus hijos. El Papa Francisco lo explica como una invitación de Jesús a la amistad con Él: "Lo fundamental es discernir y descubrir que lo que quiere Jesús de cada joven es ante todo su amistad" (Christus Vivit, 250). Esta invitación a la amistad se especifica en distintos estados de vida.

¹⁹ En esta línea vocacional anhelamos "fortalecer una pastoral de comunidades y no solo una pastoral sacramental, que impulse el discernimiento vocacional y el encuentro profundo con Cristo" (X Sínodo, 46).

²⁰ Estamos avanzando en "capacitar a los agentes pastorales y consagrados, y a quienes se estime pertinente, para que puedan ayudar al discernimiento de todos los jóvenes, por medio de una formación interdisciplinar y experiencial" (X Sínodo, 45). Al mismo tiempo, estamos caminando con nuevas iniciativas al servicio de crear una nueva cultura vocacional.





Hacia un renovado diálogo intergeneracional

- 21 Tenemos un desafío de seguir cultivando la “interacción entre parroquia y movimiento, desde el conocimiento y valoración de los carismas dentro de una comunidad eclesial, los movimientos adhiriéndose a las parroquias y las parroquias abriendo sus puertas a los carismas. Mediante encuentros, salidas, actividades misioneras en conjunto” (X Sínodo, 29). Lo que debe unirnos no es una estructura, sino la misión común que nos convoca, que es la evangelización de los jóvenes.
- 22 Lúcidamente el X Sínodo subrayó la necesidad de desarrollar un espacio de encuentros intergeneracionales parroquiales que se llamen “conocer para amar”, que permitan generar espacios de acompañamiento, compartir y conocerse (reconocerse) comunitariamente, para así potenciar sus habilidades para la evangelización. Hacer comunidad” (X Sínodo, 31). También, en este sentido, se puso el desafío de “crear espacios para jóvenes entre 20 y 30 años en las parroquias o comunidades eclesiales” (X Sínodo, 24).
- 23 Se señaló que “la parroquia tenga el espacio para que los jóvenes lleven a cabo proyectos moldeables y no decirles ‘no’ antes que los lleven a cabo. Abrirse a las vivencias del Espíritu y a los distintos carismas de nuestra arquidiócesis” (X Sínodo, 30 a).

Como en el punto anterior, aquí juegan un rol fundamental las familias, el primer lugar donde descubrimos el amor, el cuidado y la promoción entre las diversas generaciones. Lúcidamente el X Sínodo ha subrayado la necesidad de desarrollar espacios de encuentros intergeneracionales parroquiales, “conocer para amar”, que permitan generar espacios de acompañamiento, compartir y conocerse (reconocerse) comunitariamente, para así potenciar sus habilidades para la evangelización. Hacer comunidad” (X Sínodo, 31). También, en este sentido, se puso el desafío de “crear espacios para jóvenes entre 20 y 30 años en las parroquias o comunidades eclesiales” (X Sínodo, 24).

Sin duda, este es un desafío para las parroquias, los movimientos y las diversas realidades eclesiales²¹. El Santo Padre ha señalado al respecto que “al mundo nunca le sirvió ni le servirá la ruptura entre generaciones. Son los cantos de sirena de un futuro sin raíces, sin arraigo. Es

la mentira que te hace creer que solo lo nuevo es bueno y bello. La existencia de las relaciones intergeneracionales implica que en las comunidades se posea una memoria colectiva, pues cada generación retoma las enseñanzas de sus antecesores, dejando así un legado a sus sucesores. Esto constituye marcos de referencia para cimentar sólidamente una sociedad nueva. Como dice el refrán: Si el joven supiese y el viejo pudiese, no habría cosa que no se hiciese” (ChV 191)²².

Los invito, queridos jóvenes, a caminar juntos, a involucrarse en los consejos o instancias pastorales comunes de las comunidades; también de sus colegios, universidades o movimientos, sabiendo que su aporte es una riqueza y un bien necesario del cual no podemos prescindir²³. Pero también, invito a los adultos a abrir estos espacios, porque no basta el deseo y la buena voluntad de los jóvenes si los adultos no estamos dispuestos a ello.

Si bien es pertinente cuidar los espacios propios de los jóvenes, se hace necesario buscar instancias para formarnos, celebrar y servir juntos, jóvenes y adultos, a través de instancias y acciones pastorales como misiones, trabajos solidarios u otras iniciativas que ayuden inter generacionalmente a caminar juntos, siendo Iglesia. Que los párrocos y agentes pastorales adultos involucren proactivamente a los jóvenes en el quehacer de la comunidad, en el **discernimiento** común, en la organización y el proceso de animación pastoral.

Discernimiento (del latín, separar y dividir entre cosas distintas): Se trata del ejercicio racional y espiritual mediante el cual el creyente, iluminado por el Espíritu Santo, puede "distinguir las acciones buenas de las malas, ejercitando su inteligencia y siguiendo la voz de su conciencia" (Youcat, 291). Esto permite, además, en el ejercicio de la libertad, encontrar la mejor opción entre dos caminos buenos, siguiendo la voluntad de Dios.



Hacia el protagonismo juvenil y sinodal en fidelidad al llamado



Cuán importante es recordar, una y otra vez, que la Iglesia es una unidad en la diversidad, un cuerpo con muchos miembros (cf. 1 Cor 12, 20). Esta comprensión nos ayuda a seguir creciendo en el involucramiento de todos y todas en la corresponsabilidad en la misión de la Iglesia; y también nos ayuda a valorar la diversidad, entendiéndola como una riqueza dada por el Espíritu que nutre a todo el cuerpo eclesial.

Estoy convencido de que el camino sinodal no será la solución de todos los problemas de la Iglesia ni de su misión entre los jóvenes. Ciertamente será una ocasión propicia para ponernos seriamente a discutir sobre la presencia y el protagonismo de los jóvenes en la Iglesia, sobre el impulso misionero que nos debe caracterizar como bautizados, sobre los nudos de la época que debemos afrontar en nuestro tiempo y sobre nuestro contexto como comunidad de creyentes convencidos de haber recibido como don la gracia de la fe.

En este sentido y como caminos propicios pido que, en cada parroquia y en la medida de las posibilidades, exista un Consejo de Pastoral Juvenil, que integre a la diversidad de los jóvenes y sus intereses; así como considero esencial que exista, al menos, un representante de los jóvenes en el Consejo Pastoral de cada Parroquia²⁴. Caminemos hacia una '**conversión**' de las estructuras pastorales con miras a hacerlas más sencillas y disponibles para la misión. Más que una organización compleja y monocorde, que dificulta el caminar del Pueblo de Dios, necesitamos una estructura dúctil, capaz de adaptarse a las nuevas necesidades que la evangelización nos presenta (cf. EG 26).

Conversión. El llamado a la conversión es una parte esencial del anuncio del Reino realizado por Jesús, por ello, la palabra señala el giro de la vida que se dirige al mismo Señor. La primera llamada a la conversión se da a los que no conocen a Cristo, para que cambien de vida, lo sigan y sean bautizados. Pero, para los que ya son cristianos, existe una llamada permanente a volver a Cristo, movidos por un corazón arrepentido que quiere responder al comportamiento misericordioso de Dios (cf. C.E.C., 1462-1427).

²⁴ En el Sínodo se animó a "fortalecer la participación Juvenil-laical, a través de la delegación de tareas administrativas y pastorales, la rotación periódica de agentes pastorales (3 años) y la representación juvenil en instancias eclesiales" (X Sínodo, 13)



Para continuar vigorizando las instancias de participación, aliento a que en las zonas territoriales existan también Consejos de Pastoral Juvenil que ayuden al Vicario zonal en la preciosa tarea de animar la evangelización en el mundo de los jóvenes, con ellos y para ellos²⁵.

Junto a lo anterior, considero que la Vicaría de la Esperanza Joven, que me ayuda a conducir la evangelización en el mundo juvenil, debe estar al servicio de la realidad basal de las comunidades, porque es allí donde transcurre la Iglesia de todos los días. Por ello, la Vicaría de la Esperanza Joven, así como los otros órganos de la curia tienen por misión animar la pastoral del territorio y subsidiarla cuando sea necesario, pero jamás suplirla o asfixiarla. Al mismo tiempo, los Consejos Pastorales han de ser caminos de animación de la diversidad más que órganos que busquen monopolizar o rigidizar la acción pastoral.

²⁵ En este sentido, en el X Sínodo se propuso generar “estructuras de discernimiento comunitario periódicas (abiertas a la comunidad) en los distintos organismos eclesiales, que tengan carácter obligatorio, resolutive y vinculante” (X Sínodo, 14); así como se propuso que “exista en la VEJ un estamento colegiado permanente, representativo y vinculante, compuesto por jóvenes, consagrados y el vicario, desde donde se piense y dirija la pastoral juvenil” (X Sínodo, 11). Valorando estas propuestas, no podemos olvidar que estos Consejos deben ser coherentes con la naturaleza de estos órganos en la vida de la Iglesia (regidos por el Derecho Canónico), los cuales son consultivos, valiosos, fundamentales, pero no vinculantes.



Hacia la comunión en la misión

No hay comunión sin misión, ni misión sin comunión. Ambos son dos aspectos de un único movimiento recíproco que dinamiza nuestro seguimiento de Jesús en todos los ambientes donde nos desarrollamos. Con urgencia, debemos trabajar en comunión con las diferentes realidades eclesiales, especialmente en el ámbito juvenil. Por ello, sabiendo que existen excelentes experiencias en parroquias, movimientos, colegios y universidades, hemos de buscar la manera de realizar proyectos comunes, sin olvidar la riqueza de cada particularidad.

Hago hincapié en el trabajo mancomunado que debe existir entre los colegios y sus territorios parroquiales. Como nos ha señalado Francisco, “la escuela es sin duda una plataforma para acercarse a los niños y a los jóvenes” (ChV 221), por lo que tenemos el desafío de establecer vínculos estables y fluidos entre la parroquia del lugar y los colegios ubicados en su territorio²⁶. Esta relación bien trabajada y respetuosamente

cuidada, es una gran oportunidad evangelizadora que nos abre puertas en jóvenes y familias que están más lejos de la Iglesia o no tienen redes de pertenencia eclesial. El Pacto Educativo Global al que hemos sido invitados por el Papa, con todas sus implicancias, nos abre una inmensa oportunidad para que como Iglesia sigamos profundizando en el sentido educativo de su evangelización y en cómo el Evangelio se arraiga en profundidad con una pedagogía que toque todos los aspectos de la vida humana.

Otra alianza fecunda se da entre las universidades que cuentan con procesos y proyectos pastorales en sus propios territorios y otras entidades al servicio del bien común. Hoy en día nos resulta una exigencia ineludible avanzar con un sentido comunitario para ser realidades en salida misionera, a través de experiencias del kerigma, del diálogo en todos los niveles, de interdisciplinariedad y transdisciplinariedad.

²⁶ Esto es coherente con la necesidad manifestada de “fortalecer y acompañar el vínculo entre parroquias y colegios de su jurisdicción” (X Sínodo, 22).

Todo esto para fomentar una cultura del encuentro, 'creando redes' para favorecer a los últimos, aquellos que la sociedad descarta y desecha, integrando los saberes de la cabeza, del corazón y de las manos (cf. ChV 222).

Al mismo tiempo, debemos avanzar en establecer vínculos con organizaciones que, aunque no son de la Iglesia, pueden compartir con nosotros una tarea común. Ese fecundo diálogo y trabajo mancomunado es 'rostro' de una Iglesia fraterna y, por sí mismo, es un signo apostólico que nos pone en diálogo con realidades diferentes a la Iglesia. Destaco el extraordinario ejemplo de muchos jóvenes y adultos que, en esta pandemia, han llevado adelante iniciativas misioneras en conjunto con otras organizaciones como son las juntas de vecinos, u otras comunidades cristianas no católicas o con personas de buena voluntad.





Hacia una cultura del cuidado y de la prevención de todo tipo de abusos

El X Sínodo ha renovado con fuerza su compromiso con la cultura del cuidado y la prevención de todo tipo de abusos. Todos anhelamos que la Iglesia sea una institución que brille por su santidad, coherencia y ejemplaridad. Por eso es que la herida aún abierta por estos crímenes de los abusos sexuales de menores y sus consecuencias, exigen de nosotros seguir viviendo una transformación interior que toque todas las fibras de la Iglesia y nos lleve a la generación de una nueva cultura marcada por el buen trato, los **ambientes sanos**, la responsabilidad común y el trabajo lúcido de todos.

Ambiente sano: Se trata de un concepto tomado por la Iglesia para aglutinar una serie de características que debe tener el hábitat de nuestras comunidades para respetar y promover la dignidad de cada persona. Esto se aplica especialmente en el cuidado de los menores y personas en situación de discapacidad, pero se refiere a todos los miembros de la sociedad. Esto se ha tomado como un compromiso de toda la Iglesia, representada por sus obispos (cf. CECH, "Cuidado y Esperanza" 2015, 26).

Seguimos caminando por la senda que nos trazamos como Arquidiócesis, avanzando en la capacitación de jóvenes y adultos para que sean protagonistas en la generación de ambientes sanos y seguros, libres de todo tipo de abuso. Esta tarea es una prioridad pastoral que se va paulatinamente cristalizando, exigiéndonos a todos lucidez y corresponsabilidad. Al mismo tiempo, desde la Delegación para la Verdad y la Paz hemos

tenido un liderazgo vital en la prevención y el acompañamiento, movilizándolo hacia una creciente formación y conciencia juvenil en el tema de la creación de ambientes sanos.

No obstante lo anterior, debemos seguir trabajando para crear estructuras parroquiales y arquidiocesanas de mayor corresponsabilidad, que nos ayuden a que laicos y clérigos, desde la rica diferencia de nuestra identidad y misión, aportemos a la acción evangelizadora de la Iglesia generando una nueva cultura que erradique la plaga de los abusos que nos avergüenzan.

Estoy convencido de que la valiosa ayuda de ustedes, jóvenes, puede ser realmente una oportunidad para una reforma de carácter histórico, para que nos abramos a un nuevo Pentecostés, una nueva etapa de purificación y de cambio que otorgue a la Iglesia una renovada juventud. Y, estoy convencido de que ustedes, jóvenes, podrán ayudar mucho más si se sienten activamente parte del santo y paciente Pueblo fiel de Dios, sostenido y vivificado por el Espíritu Santo.



Hacia el cuidado de la casa común

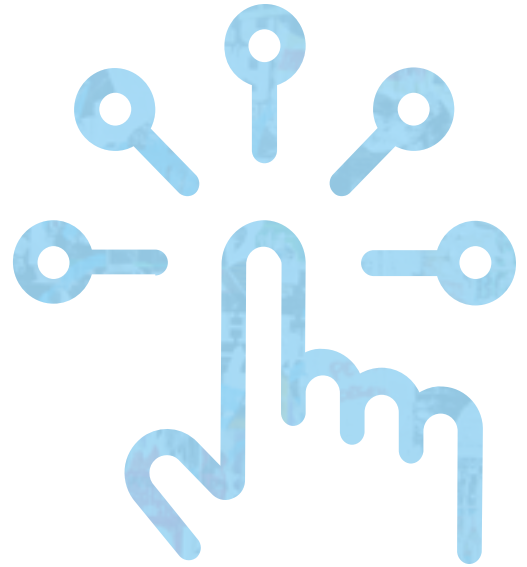
Entre las realidades más abandonadas y maltratadas, está nuestra oprimida y devastada tierra, que 'gime y sufre dolores de parto' (Rom 8, 22), olvidando que nosotros mismos somos tierra (cf. Gn 2, 27) (cf. LS 2). Por ello, el cuidado de la casa común nos interpela a todos sin excepción.

Tenemos el desafío de "implementar en la Arquidiócesis y en las parroquias una cultura ecológica, dando respuesta, no solo a la Laudato Si" (X Sínodo, 42), sino que también a nuestra propia experiencia de relaciones, con Dios, la naturaleza y con toda persona humana. En este espíritu, los invito a asumir un compromiso concreto con el cuidado del medio ambiente, siendo líderes protagonistas en este cambio de paradigma, ayudando a que todos hagamos del cuidado de la casa común un camino y un empeño pastoral intergeneracional.

Les pido que nos movilizemos y que movilicen a sus comunidades para que ellas

se transformen en 'parroquias, movimientos, escuelas, universidades ecológicas', que opten por el uso de energías renovables, por la adecuada reutilización de recursos y por tantos otros signos que hablan de una comunidad comprometida con el cuidado de la casa común.





Hacia la evangelización en el mundo digital²⁸

Como se dejó traslucir en el X Sínodo²⁷, un aspecto importante por tratar es el del nuevo contexto digital que se va imponiendo, no solo en el mundo juvenil, sino en el imaginario social compartido en la vida de todos nosotros. En la Iglesia, en su conjunto, debemos darnos cuenta en profundidad de la nueva comprensión del ser humano que está surgiendo a través de la presencia de la así dicha “new media”, caracterizada por un potente acercamiento y de una inmediatez sin precedentes. La fluidez de este cambio está creando las condiciones para una verdadera y propia metamorfosis de la condición humana. Sin embargo, está creciendo una conciencia eclesial crítica y reflexiva, no obstante, las fatigas y los atrasos.

La realidad digital, comprendida así, nos exige una nueva mirada pastoral, que sea capaz de entrar en ese ambiente. Hace unos meses, justamente, fue beatificado el joven Carlos Acutis, considerado por

muchos como el patrono de internet. Este joven comprendió el mundo digital como una oportunidad para la evangelización.

Para todos, el tiempo de pandemia nos ha significado comprender más hondamente las implicancias de la transformación digital. Esto mismo nos ha empujado a descubrir el valor que conlleva el mundo de las redes sociales para la evangelización, comprendiéndolo como una oportunidad extraordinaria, un camino de comunión y una fuente de oportunidades pastorales.

Los invito a ustedes, jóvenes, a que exploren estos ‘continentes’ digitales y los conquisten para Cristo. Sin duda es una tierra aun desconocida para muchos de nosotros los adultos, pero para ustedes es un ambiente amigable donde pueden aportar y, literalmente, ‘misionar’. Al mismo tiempo, les pido que convoquen a otros jóvenes para que “llenen [las redes sociales] de Dios, de fraternidad, de compromiso” (ChV 241).

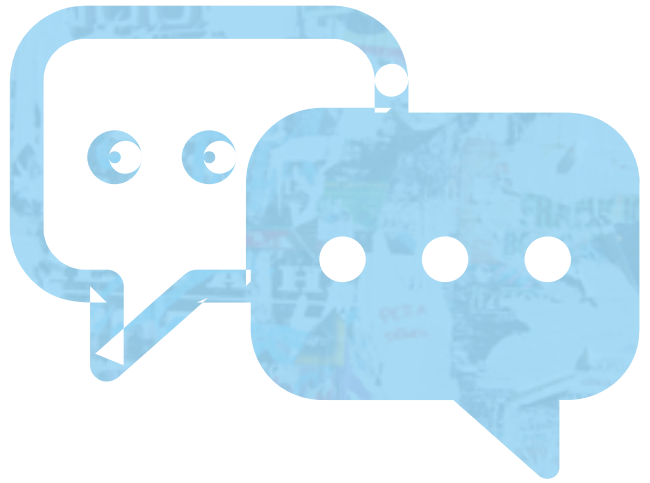
27 En el Sínodo justamente se insistió en la necesidad de la “inserción en los medios digitales y sociales con la finalidad de entregar un mensaje en un lenguaje moderno y cercano sobre temas relevantes: en fiestas religiosas; encuentros comunitarios, celebraciones masivas, eucaristías, devociones, vidas de santos” (X Sínodo, 10).

Como lo ha dicho el Papa Francisco en la última JMJ en Panamá, somos desafiados a ser “influencers” de Dios, conquistando el mundo digital para Cristo, sabiendo que ahí están las nuevas plazas públicas y los **areópagos** de la post modernidad que, bien usados, pueden ser herramientas valiosas para el anuncio de Cristo y para ser Iglesia²⁸.

Areópago: Es “Colina del Areópago”, en Atenas, un lugar de cultura pagana, donde el Apóstol Pablo, empujado por un grupo de filósofos y con gran valentía, pronunció un discurso en el que, haciendo referencia a la religiosidad de sus burlescos interlocutores, dijo: “Ahora, yo vengo a anunciarles eso que ustedes adoran sin conocer” (Hch. 17, 23).

28 Cf. Francisco, Homilía de la Vigilia, 26 de enero 2019, Panamá.





Hacia el diálogo constante con la cultura actual

En un tiempo en el que ya no es posible pensar en una cultura católica predominante, se nos pide, como Iglesia, que transitemos, en primer lugar, de la humillación a la humildad, del individualismo a la comunión y de la exterioridad a la interioridad. Así, los cambios culturales que estamos viviendo, especialmente en lo que refiere a una adecuada comprensión de la realidad con miras a poder hacer un proceso evangelizador incisivo y transformador, nos exigen a toda Iglesia, un giro relacional decisivo. Para lograr esta tarea es necesario revitalizar la comprensión del ser humano, a la luz de la fe, reconociendo su naturaleza relacional, su vocación a la comunión de amor y a la donación de la vida. Sin este 'piso' fundamental será difícil fortalecer el diálogo y el sentido auténtico de nuestra misión en la sociedad.

En este sentido, es fundamental en primer lugar, la escucha atenta y decidida que reconcilia, sana y redime, para desentrañar

los códigos culturales que hoy nos exige la evangelización actual (cf. EG 69). Este desafío ha sido especificado en el X Sínodo, cuando se nos pide "que haya un observatorio permanente de la realidad social, que nutra permanentemente a la Iglesia de Santiago con información socio-pastoral, para que se puedan ajustar las acciones pastorales y los planes de formación, tanto para los laicos, como para sacerdotes, consagrados y seminaristas" (X Sínodo, 34).

Leer los signos de los tiempos y comprender la realidad en su dinamismo, buscando hacer aportes incisivos y atingentes al servicio de la evangelización del mundo juvenil, no es tarea fácil, ni solo de unos pocos, sino fruto de nuestra experiencia eclesial, de la vida de la comunidad. La cultura, hoy, nos está desafiando a tener una buena lectura de la realidad, de las juventudes y una profunda lectura del Evangelio para ser creativamente fieles a sus enseñanzas.



Queridos y queridas jóvenes, les he presentado solo algunos caminos que he podido recoger, muchos de los cuales ya se están implementando, para que sigamos caminando juntos. Estos desafíos, en ningún caso agotan los innumerables retos que tienen los jóvenes en la esfera de la evangelización. Por lo mismo, les pido ser proactivos, audaces y generosos para crear nuevos procesos e iniciativas, sabiendo que estos no siempre serán perfectos. De corazón, les digo: "prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades" (EG 49). Trabajemos con ardor y en 'salida' para que juntos podamos evangelizar mostrando a Cristo, que es la luz y alegría del mundo.

Ad portas del inicio de un proceso de confección de una nueva Carta Magna, los invito a confiarnos a María, Estrella de Chile, quien con su sí, libre y generoso, nos abrió las puertas de la Salvación. Ella, con sus ojos iluminados por el Espíritu Santo, nos ayude como Madre a seguir siendo corresponsables del bien común, a participar

activamente manifestando nuestro parecer sobre el futuro de Chile y de la Iglesia. Con el compromiso de todos, en este momento de la historia, podremos ser un signo preclaro de esperanza y anticipo de una renovada disposición a cultivar una necesaria amistad social.

Le pido al Espíritu Santo que, con sus dones, nos ayude a caminar juntos trabajando incesantemente para que le testimonemos al mundo que Cristo vive y que vive entre nosotros. Y le pido especialmente al Espíritu Santo por ustedes jóvenes, para que "los empuje en esta carrera hacia adelante porque la Iglesia necesita su entusiasmo, sus intuiciones, su fe. ¡Nos hacen falta!" (ChV 299).

Feliz fiesta de Pentecostés.

+ Celestino Aós Braco
Cardenal Arzobispo de Santiago

Santiago, 22 de mayo de 2021
Fiesta de Pentecostés.



VICARIA DE LA
ESPERANZA
JOVEN

www.vej.cl